

---

# Genio y figura

Por

Juan Valera

---

Librería de Fernando Fé

Madrid

1897

---

## Capítulos:

**-I-, -II-, -III-, -IV-, -V-, -VI-, -VII-, -VIII-, -IX-, -X-, -XI-, -XII-, -XIII-, -XIV-, -XV-, -XVI-, -XVII-, -XVIII-, -XIX-, -XX-, -XXI-, -XXII-, -XXIII-, -XXIV-, -XXV-, -XXVI-, -XXVII-, -XXVIII-, Confidencias, Conclusión.**

*Medio de fonte leporum  
Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus augat.*

(Lucretii. *De nat. rer. libr. IV*).

---

**-I-**

En tres distintas y muy apartadas épocas de mi vida, peregrinando yopor diversos países de Europa y América, o residiendo en las capitales,he tratado al vizconde de Goivo-Formoso,

diplomático portugués, con quien he tenido amistad afectuosa y constante. En nuestras conversaciones, cuando estábamos en el mismo punto, y por cartas, cuando estábamos en punto distinto, discutíamos no poco, sosteniendo las más opuestas opiniones, lo cual, lejos de desatar los lazos de nuestra amistad, contribuía a estrecharlos, porque siempre teníamos que decirnos, y nuestras conversaciones y disputas nos parecían animadas y amenas.

Firme creyente yo en el libre albedrío, aseguraba que todo ser humano, ya por naturaleza, ya por gracia, que Dios le concede si de ella se hace merecedor, puede vencer las más perversas inclinaciones, domar el carácter más avieso y no incurrir ni en falta ni en pecado. El Vizconde, por el contrario, lo explicaba todo por el determinismo; aseguraba que toda persona era como Dios o el diablo la había hecho, y que no había poder en su alma para modificar su carácter y para que las acciones de su vida no fuesen sin excepción efecto lógico e inevitable de ese carácter mismo.

Los ejemplos, en mi sentir, nada prueban. De ningún caso particular pueden inferirse reglas generales. Por esto creo yo que siempre es falso es vana cualquier moraleja que de una novela, de un cuento o de una historia se saca.

Mi amigo quería sacarla de los sucesos de la vida de cierta dama que ambos hemos conocido y tratado con alguna intimidad, y quería probar su tesis y la verdad trascendente del refrán que dice: *genio y figura, hasta la sepultura*.

Yo no quiero probar nada, y menos aún dejarme convencer; pero la vida, el carácter y los varios lances, acciones y pasiones de la persona que mi amigo ponía como muestra son tan curiosos y singulares, que me inspiran el deseo de relatarlos aquí, contándolos como quien cuenta un cuento.

Voy, pues, a ver si los relato, y si consigo, no adoctrinar ni enseñar nada, sino divertir algunos momentos o interesar a quien me lea.

---

## -II-

Hace ya muchos años, el vizconde y yo, jóvenes entonces ambos, vivíamos en la hermosa ciudad de Río de Janeiro, capital del Brasil, de la que estábamos encantados y se nos antojaba un paraíso, a pesar de ciertos inconvenientes, faltas y aun sobras.

La fiebre amarilla, recién establecida en aquellas regiones, solía enseñarse con los forasteros.

Las *baratas*, que así llaman allí a ciertas asquerosas cucarachas con alas, nos daban muchísimo asco, sobre todo en los instantes que preceden a la lluvia, porque dichos animalitos buscan refugio en las habitaciones, las invaden, cuajan el aire formando espesas nubes, se posan en los muebles, en las manos y en las caras y esparcen un olor empalagoso y algo nauseabundo.

Otros inconvenientes y sobras había también por allí, aunque no hablo de ellos por no pecar de prolijo. Pero en cambio, ¡cuánta hermosura y cuánta magnificencia! El Bósforo de Tracia, el

risueño golfo de Nápoles y la dilatada extensión del Tajo frente de Lisboa, son mezquinos, feos y pobres, comparados con la gran bahía de Río sembrada de islas fertilísimas siempre floridas y verdes, y cuyos árboles llegan y se inclinan hasta el mar y bañan los frondosos ramos en las ondas azules. Los bosques de naranjos y de limoneros, con fruto y con flor a la vez, embalsaman el aire. Los pintados pajarillos, las mariposas y las libélulas de resplandecientes colores esmaltan y alegran el ambiente diáfano. Por la noche, el cielo parece más hondo que en Europa, no negrosino azul, y todo él lleno de estrellas más luminosas y grandes que las que se ven en nuestro hemisferio.

Confieso que es lástima que la vista de todo aquello no despierte en nuestra alma recuerdos históricos muy ricos de poesía, y que las montañas que circundan la bahía tengan nombres tan vulgares. No es allí, por ejemplo, como en Nápoles y en sus alrededores, donde cada piedra, cada escollo y cada gruta tiene su leyenda y evoca las sombras de uno o de muchos personajes históricos o míticos: Ulises, las Sirenas, Eneas, la Sibila de Cumas, los héroes de Roma, los sabios de la magna Grecia, Aníbal olvidándose de sus triunfos en las delicias de Capua, Alfonso de Aragón el Magnánimo haciendo renacer y florecer la antigua clásica cultura, todo esto acude a la mente del que vive en Nápoles y hasta se pone en consonancia con los nombres sonoros y nobles que conservan los sitios: el Posilipo, el Vómero, Capri, Ischia, Sorrento, el Vesubio, Capua, Pestum, Cumas, Amalfi y Salerno.

En cambio, los nombres de los alrededores de Río no pueden ser más vulgares ni más vacíos de todo poético significado: la Sierra de los Órganos, el Corcobado, el Pan de Azúcar, Botafogo, las Larangeiras y la Tejuca.

La falta, no obstante, de sonoridad y nobleza en los nombres, y de altos recuerdos históricos en los sitios, está más que compensada por la espléndida pompa y por la gala inmarcesible que la fértil naturaleza despliega allí y difunde por todos lados.

Nuestro mayor recreo campestre era ir a caballo a la Tejuca, con la fresca, casi al anochecer. Pasábamos la noche en una buena fonda que allí había, donde nunca faltaba gente alegre que jugaba a los naipes y cenaba ya tarde. También se solía bailar cuando había mujeres.

Aquel sitio era delicioso. El fresco y abundante caudal de agua cristalina que traía un riachuelo se lanzaba desde la altura de unos cuantos metros y formaba una cascada espumosa y resonante. Por todas partes había gran espesura de siempre verdes árboles; palmas, cocoteros, mangueras y enormes matas de bambúes. Innumerable multitud de luciérnagas o cocuyos volaban y bullían por donde quiera, durante la noche, e iluminaban con sus fugaces y fantásticos resplandores hasta lo más esquivo y umbrío de las enramadas.

De las frecuentes expediciones a la Tejuca, ya volvíamos a altas horas de la noche, formando alegre cabalgata, ya volvíamos al rayar el alba.

No se crea con todo, que las expediciones a la Tejuca eran el mayor encanto que Río tenía para nosotros. Había otro encanto mucho mayor, la casa de la Sra. de Figueredo, centro brillantísimo de la *high life* fluminense.

La Sra. de Figueredo tendría entonces de veinticinco a treinta años: era una de las mujeres más hermosas, elegantes y amables que he conocido. Sumarido, ya muy viejo, era quizá el más rico

capitalista de todo el Brasil. Prendado de su mujer, gustaba de que luciese, y lejos de escatimar, prodigaba el dinero que dicho fin requería.

Su vivienda era un hotel espacioso, amueblado con primor y con lujo, en el centro de un bello jardín, bastante dilatado para que por su extensión casi pudiera llamarse parque.

Menos en las temporadas en que había teatro, la Sra. de Figueredo recibía todas las noches. Cuando había teatro recibía también, pero no siempre. Sus tertulias eran animadísimas y solían durar hasta después de la una. Bien podía afirmarse que empezaban a las siete, porque la Sra. de Figueredo rara vez dejaba de tener convidados a comer, agasajándolos con cuantas delicadezas gastronómicas puede inventar y condimentar un buen cocinero, sin freno ni tasa en el gasto. Pero lo que sobre todo hacía agradable aquella casa, era la misma Sra. de Figueredo, que unía su elegancia, discreción y hermosura, el carácter más franco y regocijado. Del sitio en que ella se presentaba, salía huyendo la tristeza. En torno suyo y en su presencia, no había más que conversaciones apacibles o jocosas, risas y burlas inocentes, sin mordacidad ni grave perjuicio del prójimo. Natural era, pues, que el primer obsequio que, no bien llegase a Río, se podía hacer a un forastero, era presentarle a una dama tan hospitalaria y divertida.

---

### -III-

En el tiempo de que voy hablando, aportó a Río, como secretario de la Legación de Su Majestad Británica, un inglesito joven y guapo; probablemente tendría ya cerca de treinta años, pero su rostro era muy niño y parecía de mucha menor edad. Era blanco, rubio, con ojos azules y con poquísima barba, que llevaba muy afeitada, salvo el bigotillo, tan suave, que parecía bozo y que era más rubio que el cabello. Era alto y esbelto, pero distaba no poco de ser un alfeñique. En realidad era fuerte y muy ágil y adiestrado en todos los ejercicios corporales. Tenía talento e instrucción, y hablaba bien francés, español e italiano, aunque todo con el acento de su tierra. Tenía modales finísimos, aire aristocrático y conversación muy amena cuando tomaba confianza, pues en general parecía tímido y vergonzoso, y a cada paso, por cualquier motivo y a veces sin aparente motivo, se ponía colorado como la grana.

No está bien que se declare aquí el verdadero nombre de este inglesito. Para designarle le daré un nombre cualquiera. El apellido Maury es muy común. Hay Maurys en Francia, Inglaterra y España. Supongamos, pues, que nuestro inglesito se llamaba Juan Maury.

El Vizconde y yo nos hicimos en seguida muy amigos suyos, y los tres íbamos juntos a todas partes. Claro está que una de las primeras a donde le llevamos fue a la tertulia de la Sra. de Figueredo, la cual le recibió con extremada afabilidad, y dejó conocer desde luego que el inglesito no le había parecido saco de paja. Él también, a pesar de ser muy reservado, como tomó con nosotros grandísima confianza, nos confesó que la Sra. de Figueredo era muy de su gusto, y se nos mostró curiosísimo de saber sus antecedentes; su vida y milagros, como si dijéramos. El Vizconde, que estaba bien informado de todo, y si no de todo, de mucho, le contó cuanto sabía, haciendo una relación, que vamos a reproducir aquí, poco más o menos como el Vizconde la hizo.

---

## -IV-

Hace ya mucho tiempo que ciertas niñas españolas, y particularmentelas andaluzas, acuden a la gran ciudad de Lisboa, en busca de mejorsuerte. Los señoritos de por allí, los *janotas*, que es como sidijéramos los jóvenes elegantes, *dandies* o *gomosos* de Portugal, sepirran y despepitan por las tales niñas españolas. De ellas aprenden ahablar un castellano muy chusco y andaluzado: *flamenco*, como ahora sedice no sé porqué. Ignoro si persisten estas costumbres; pero sí diréque, hace veinte años, todavía el vocablo españolita era en Lisboasinónimo de lo que por aquí pudiéramos llamar *hetera*, *suripanta omoza de rumbo*. La afición decidida a las españolitas era entonces elmás pronunciado síntoma y el más elocuente indicio de la posible uniónibérica.

El Vizconde, al empezar su narración, sostenía sin rodeos ni disimulosque ocho años antes del momento en que hablaba, había conocido a la Sra.de Figueredo, soltera aún y figurando y descollando entre lasespañolitas de Lisboa.

La llamaban Rafaela, y por sus altas prendas y rarísimas cualidades laapellidaban *la Generosa*.

Rafaela apenas tenía entonces veinte abriles. Era gaditana, y hubierapodido decirse que se había traído a Lisboa todo el salero, la gracia yel garabato de Andalucía.

—Yo la vi por vez primera, decía el Vizconde, en aquella plaza de toros.Al aparecer en un palco, con otras tres amigas, los cinco o seis milespectadores que había en la plaza, clavaron la vista en Rafaela yrompieron en gritos de admiración y entusiasmo. Venía ella con vestidode seda muy ceñido, que revelaba todas las airosas curvas de su cuerpojuvenil, y en la graciosa cabeza, sobre el pelo negro como el azabache,llevaba claveles rojos y una mantilla blanca de rica blonda catalana.

La función hacía tiempo que había empezado. Un diestro caballero enplaza sobre fogoso caballo, que hacía caracolear con pasmosa maestría,se aprestaba a poner un par de banderillas a un soberbio toro *puro*,que de esta suerte califican en Portugal los toros que nunca han sidolidiados.

Pero todo se suspendió y durante uno o dos minutos, nadie prestóatención ni al diestro de las banderillas ni al toro *puro* tampoco,distraída y embelesada la gente por la aparición de Rafaela la Generosa.En el brazo izquierdo llevaba ella un enorme pañolón de seda roja,cubierto de lindas flores prolijamente bordadas en el Imperio Celeste;y, según es uso en Lisboa, lo extendió como colgadura sobre el antepedchodel palco. En otros muchos había colgaduras por el estilo, lo cual dabaa la plaza apariencia vistosa y alegre, pero ningún pañolón era másbonito que el de Rafaela ni había sido extendido con mayor garbo ydesenfado.

Así recordaba el Vizconde este y otros muchos triunfos de Rafaela; perono sin razón la llamaban la Generosa.

Su magnanimidad y su desprendimiento eran tales que siempre los ingresos resultaban para ella muy inferiores a los gastos y el auge de su fortuna estaba muchísimo de corresponder a sus triunfos.

Los *janotas* que frecuentaban más a Rafaela, aseguraban que era toda ella corazón. De aquí que sus negocios económicos fuesen de mal en peor en Lisboa, donde llegó a tener mil desazones y apuros.

En ellos la socorrió generosamente cierto caballero principal, entusiasta del arte y de la belleza, pero no bastante rico para ser muy dádivo. Rafaela además tenía estrecha conciencia, y aunque parecían inverosímil en mujeres de su clase, no exigía ni pedía y hasta rehusaba las dádivas de sus buenos amigos cuando pensaba que eran superiores a sus medios y recursos.

En esta situación, el caballero que tanto se interesaba por ella, formó un proyecto algo aventurado, pero que daba esperanzas de buen éxito.

En su sentir, la hermosura corporal no era el único mérito de la muchacha. Aunque poco o nada cultivado, poseía además gran talento artístico, que aquel su protector tal vez exageraba deslumbrado por el cariño. Como quiera que fuese, él imaginaba que Rafaela tenía una voz dulce y simpática; que cantaba lindamente canciones andaluzas y que bailaba el fandango, el vito y el jaleo de Jerez por estilo admirable. No había aprendido ni la música ni la danza, pero la misma carencia de arte y de estudio prestaba a su baile y a su canto cierta originalidad espontánea, llena de singular hechizo.

¿Porqué no había de ir Rafaela a un país remoto y presentarse allí no como aventurera sino como artista?

El protector decidió, pues, que Rafaela fuese a Río de Janeiro a cantar y a bailar.

Los brasileños son muy aficionados a la música, y asimismo muy músicos. Sus *modinhas* y sus *londums* merecen la fama de que gozan, por lo inspirados y graciosos, prestándoles singular carácter el elemento profundo que en ellos se nota de la música de los negros. Grande es mi ignorancia del arte musical y temo incurrir en error; pero valiéndome de una comparación, he de decir lo que me parece.

Figurémonos que hay en una pipa una solera de vino generoso, muy exquisito y rancio; que se reparte la solera entre tres vinicultores, y que cada uno de ellos aliña su vino y le da valor con el vino exquisito que en su parte de la solera le ha tocado. Los tres vinos tendrán distintas cualidades, pero habrá en los tres algo de común y idéntico, precisamente en lo de más valer y en lo más sustancioso. Así encuentro yo que en las guajiras y en otros cantares y músicas de la isla de Cuba, en los de los *minstrels* de los Estados Unidos y en los cantos y bailes populares del Brasil, hay un fondo idéntico que les da singular carácter, y que proviene de la inspiración musical de la raza camítica.

Si Rafaela iba al Brasil y cantaba y bailaba allí con originalidad de muy distinto género, ya que el elemento o fondo primitivo de sus canciones o era indígena de nuestra Península o provenía acaso de Arabia o del Indostán por medio de los gitanos, Rafaela, sin duda, iba a pasar agradablemente a los brasileños por la exótica extrañeza de sus cantos y de sus bailes.

Aprobó la muchacha el plan que su protector le propuso. Este, aunque nosin fatiga y esfuerzo, le prestó dinero para el viaje y logró darletambién una muy valiosa carta de recomendación, dirigida con el mayorempeño y ahínco y por persona de grande influjo al más rico capitalistade Río de Janeiro, que era el Sr. de Figueredo, a quien ya conocemos.

El Sr. de Figueredo, sin embargo, era entonces un personaje muy distintodel que más tarde fue. Sin dejar de enriquecerse, acometiendo, movidopor la codicia, las más atrevidas empresas, debía principalmente susgrandes bienes de fortuna a una economía tan severa que rayaba en losórdido, y al ejercicio de la usura prestando dinero sobre buenashipotecas y a interés muy alto.

Habitaba, se trataba y se vestía casi como un pordiosero, y exhalaba unmillón de suspiros y daba cincuenta vueltas a un *cruzado* antes degastarle. Tales prendas y condiciones no eran las más apropósito paraque en Río le quisiesen y le respetasen. El Sr. de Figueredo era másbien despreciado y aborrecido, y por lo tanto, el sujeto menos idóneopara patrocinar e introducir ante el público a una artista que aspirasea hacerse aplaudir.

Consternado recibió la carta, porque debía favores a quien se laescribía, tenía obligación de complacerle y no se consideraba muy aptopara tan difícil empeño.

Rafaela era además tan mona, tan insinuante y tan dulce, que el Sr. deFigueredo, a pesar de lo arisco e invulnerable que había sido toda suvida, que por entonces contaba ya sesenta y cinco años de duración, sesintió muy propenso a favorecer a la muchacha en cuanto estuviera a sualcance. Así es que hizo muchas gestiones y consiguió que el periódicode mayor circulación de Río, *O Jornal do comercio*, anunciase con bomboy platillos la feliz llegada y próxima aparición en el teatro de lafamosa artista española, y consiguió también que el empresario la oyese,la viese y la ajustase para dar un concierto con intermedios sabrosos dedanza andaluza. Pronto llegó la noche de la función. El teatro estaba debote en bote. El público había acudido, excitado por la curiosidad, masno por la benevolencia. Al contrario, el odio y el desprecio que el Sr.de Figueredo inspiraba, tocaron como por carambola y se estrellaroncontra la pobre Rafaela. La mayoría de los oyentes sostuvo que Rafaeladesentonaba y daba feroces gallipavos, y las damas severas y virtuosas ylos honrados padres de familia clamaron contra el escándalo, e hicieronque su pudor ofendido tocase a somatén. El resultado de todo fue unaespantosa silba, acompañada de variados proyectiles, con los que enaquel fecundo suelo brinda Pomona. Sobre la pobre Rafaela cayó undiluvio de aguacates, tomates, naranjas, bananas, cambucás y mantecosaschirimoyas. Rafaela estaba dotada de un estoicismo, no sólo a prueba defruta, sino a prueba de bomba. Sufrió con calma el descalabro y hasta lotomó a risa, calificando de majaderos a los que suponían que cantaba maly de hipócritas a los que censuraban sus evoluciones y meneoscoreográficos.

---

-V-

Las burlas y los chistes con que Rafaela se vengaba de la silba,hacían mucha gracia al señor de Figueredo, quien se consideraba tambiénvejado, lastimado, silbado y rechazado por la sociedad elegante de Río.Entendía además el señor de Figueredo que Rafaela cantaba como

unsabía o como un *gaturramo*, que son la calandria y el ruiseñor de porallí, y que en punto a danzar echaba la zancadilla a la propia Terpsícore. La silba, por consiguiente, de que Rafaela había sido víctima, parecía injusta al viejo usurero y motivada por el odio que a él le tenían, por donde imaginaba que debía consolar a Rafaela e indemnizarla del daño que le había causado.

El oficio de darle consuelo le parecía gratisimo y en su modestia llegóa creer que él, y no ella, era el verdadero consolado.

Cada día simpatizaba más con Rafaela. Se ponía melancólico cuando estaba lejos de ella. Y no bien despachaba los asuntos de su casa, se iba a acompañarla en la fonda donde ella vivía.

Con rapidez extraordinaria tomó Rafaela sobre el viejo omnímodo ascendiente y le ejerció con discreción y provecho. El Sr. de Figueredo estaba en borrador, y Rafaela se propuso y consiguió ponerle en limpio, realizando en él una transfiguración de las más milagrosas.

Ella misma sabía por experiencia lo que era y valía transfigurarse. No recordaba de dónde había salido ni cómo había crecido. En Cádiz, en el Puerto, en Sevilla y en otros lugares andaluces, había pasado su primera mocedad, tratándose con majos, contrabandistas, chalanes y otra gentemenuda, sin picar al principio muy alto y sin elevarse sino muy rara vez hasta los señoritos. Así es, que en dicha primera mocedad, había sido algo descuidadilla. En Lisboa fue donde se aristocratizó, se encumbró, y con el trato de los *janotas*, acabó por asearse, pulirse, adobarse y llegar en el esmero con que cuidaba su persona hasta el refinamiento más exquisito.

El desaliño y la suciedad de los sujetos que andaban cerca de ella, como ella era tan pulcra, le causaban repugnancia. Puso pues, en prensa su claro y apremiante entendimiento para insinuar el concepto y el apetito de la limpieza en la mente obscura y en la aletargada voluntad del Sr. de Figueredo. Con mil perífrasis sutiles y con diez mil ingeniosos rodeos le hizo conocer, sin decirselo, que era lo que vulgarmente llamamos un cochino, y logró hacer en él, con la magia de su persuasiva elocuencia, lo contrario de lo que hizo Circe en los compañeros de Ulises, a quienes dio la forma del mencionado paquidermo. Tanto habló de lo conveniente para la salud que eran los baños diarios, y el frotarse, fregarse y escamondarse con jabón y con un guante áspero, que infundió al Sr. de Figueredo la gana de hacer todas aquellas operaciones. Y le hizo, y ya parecía otro y tan remozado como si él no fuese él sino su hijo. Luego fue Rafaela a la *rua do Ouvidor*, donde están las mejores tiendas, y en la perfumería de moda, compró cepillos de dientes y pelo, polvos y loción vegetal para limpiárselos, y aguas olorosas, cosméticos, peines y otros utensilios de tocador. Este fue el primer regalo que hizo Rafaela a D. Joaquín, que tal era el nombre de pila del Sr. de Figueredo. Y bueno será advertir en este lugar, porque yo soy muy escrupuloso y no quiero apartarme un ápice de la verdad, que pongo el Don antes del Joaquín por acomodarme al uso y lenguaje de España, porque en Portugal, y más aún en el Brasil, son rarísimos los Dones y sólo los llevan los hombres de pocas familias. Cuando yo estuve en el Brasil, sino recuerdo mal, sólo habría media docena de Dones en todo el Imperio. Las señoras en cambio tienen todas, no sólo Don sino excelencia, y hasta la más humilde es la Excm. Sra. doña Fulana: prueba inequívoca de la extrema galantería de los portugueses.

A pesar de lo dicho, se justifica el que yo llame *Don* al Sr. de Figueredo, porque, como al fin se casó con Rafaela que era española, y esta dio en llamarle mi D. Joaquín, todos los amigos y conocidos, y llegó a tener enjambres de ellos, aunque le suprimieron el *mi*, le dejaron el *Don*, y él acabó por ser universalmente *donificado*. Pero adelantemos los sucesos.

---

## -VI-

Mucho se ha discutido, se discute y se discutirá, sobre si la amenaliteratura y otras artes del deleite, estéticas o bellas, deben o no serdocentes. Afirman muchos que basta con que sean decentes, sin procurarfuera de ellas fin alguno, y sin enseñar nada: pero es lo cierto, que lacreación de la belleza, y su contemplación, una vez creada, elevan elalma de los hombres y los mejora, por donde casi siempre las bellasartes enseñan sin querer, y tienen eficacia para convertir en buenas yhasta en excelentes las almas que por su rudeza y por los fines vulgaresa que antes se habían consagrado eran menos que medianas, ya que nomalas. Algo de este influjo benéfico ejercieron en el espíritu de donJoaquín las bellas artes de Rafaela. No me atreveré yo a calificarlas dedecentes por completo, pero no puede negarse que fueron docentes. Ellalas ejerció con certero instinto, superior a toda reflexión y a todocálculo. Procedió con lentitud prudentísima para que la transfiguraciónno chocase, ni sorprendiese en extremo, ni al público que había deverla, ni al transfigurado que en su propio ser había de realizarla.

Escamondado ya interiormente D. Joaquín, Rafaela le obligó a que seafeitase casi de diario y a que se cortase bien las canas, que limpias,lustrosas y alisadas tomaron apariencia de venerables.

A fin de que todas estas reformas fuesen persistentes y no efímeras,buscó Rafaela para su amigo, en vez del negro ignorante que antes leservía, un excelente ayuda de cámara, gallego desbastado, ágil y listo.

Después, y siempre poquito a poco, fue modificando el traje de D.Joaquín, empezando por los pantalones, que, como se los pisaba pordetrás, los tenía con flecos o pingajos, que solían rebozarse en el lodode las calles. Después declaró Rafaela guerra a muerte a toda mancha olamparón que sus ojos de lince descubrían en el traje de D. Joaquín,resultando de esta guerra la desaparición completa del antiguovestuario, que apenas pudo servir ya para los negros desvalidos, y laadquisición de otro nuevo, hecho en Río con menos que mediana elegancia.Pero Rafaela era insaciable en su anhelo de perfección; y, deseosa deque D. Joaquín estuviese, no sólo aseado, sino *chic*, y como ella ledecía, hablando en portugués, *muito tafulo* o *casquilho*, hizo que letomasen las medidas y escribió a París y Londres encargándole ropa, queno tardaron en enviarle. Como por los pantalones era por donde más habíaclaudicado, mandó Rafaela que se los hiciese en adelante un famosostre especialista, *culottier*, que por entonces había en París, *ruede la Paix*, llamado Spiegelhalter. De los fracs y de las levitas seencargaron en competencia Cheuvreuil, en París, y Poole, en Londres. Lascamisas, bien cortadas, sin bordados ni primores de mal gusto, perotambién sin buches, vinieron de las mejores casas parisienses que a lasazón había, correspondientes a las de Charvet y Tremlett de ahora. Ypor último, como Rafaela aspiraba a que todo estuviese en consonancia,hizo venir de París el calzado de D. Joaquín, encomendando al Hellsterno al Costa, que florecía en aquel momento histórico, que reforzase conclavitos los tacones y que pusiese los contrafuertes debidos, para queD. Joaquín perdiese la perversa maña de torcer y deformar, como solía,botines y zapatos.

En resolución, y para no cansar más a mis lectores, diré que antes decumplirse el año de conocerse y tratarse D. Joaquín y la bella Rafaela,él, con asombro general de sus compatriotas,

parecía un hombre nuevo:era como la oruga, asquerosa y fea durante el período de nutrición y crecimiento, que por milagroso misterio de Amor, y para que se cumplieran sus altos fines, transforma la mencionada deidad en brillante y pintada mariposa.

---

## -VII-

Como aún me queda no sé qué escozor y desasosiego de no haber dado, a pesar de todo lo dicho, concepto cabal de la transfiguración visible y palpable que en D. Joaquín se había verificado, quiero hablar aquí de un solo perfil o toque, a fin de que por él se infiera, rastree y calcule el cambio radical de aquel hombre. Era algo miope y tenía además la vista un poco fatigada. Para remediar esta falta, usaba antiparras, que en el Brasil y en Portugal llaman *cangalhas*. Siempre las tenía aprendidas en las orejas, y cuando no necesitaba de ellas para ver, se las apartaba de los ojos y se las levantaba apoyadas sobre la frente, lo cual no era nada bonito. Así es que Rafaela hizo que suprimiese las *cangalhas* y que, en lugar de ellas, gastase monóculo. Todo, pues, contribuía a que tuviese el aspecto *fashionable*, atildado y digno de un antiguo diplomático jubilado.

A su rara discreción y al entrañable afecto que había inspirado debió Rafaela los mencionados triunfos; pero los debió también a sus lisonjas, llenas de sinceridad y fundadas en fe *altruista*. Esto requiere explicación, y voy a darla.

Seramente no es lícito afirmar que Rafaela se enamorase de D. Joaquín; pero sí puede, y debe afirmarse, que le cobró grande amistad y le estimó mucho, considerándole casi un genio para todo aquello que a la matemática se refiere. Y como se lo decía, dándole encarecidas alabanzas, le adulaba, le enamoraba y le animaba a la vez, todo sin el menor artificio. Así el imperio que sobre él había adquirido se hizo más firme y más completo.

No se vaya a creer que presentamos aquí a Rafaela como un pozo de sabiduría. Su educación había sido descuidadísima, o mejor dicho, Rafaela no había recibido ninguna educación; pero naturalmente era muy lista. En sus ratos de ocio, había aprendido a leer y a escribir, aunque escribía sin reglas y apenas leía de corrido. Sólo había leído algunas novelas y los periódicos. Como tenía buen oído, excelente memoria y notable facundia, hablaba, sin embargo, la lengua castellana con primor y gracia, si bien con acento andaluz muy marcado. Y en Lisboa además, con el trato constante de la gente fina, se había soltado a hablar en portugués y hasta a chapurrear el francés un poquito. Pero lo que mejor adquirió, no en escuelas ni en academias, ni menos con lecturas asiduas, sino en la conversación y trato de personas de mérito, fue un temprano y pasmoso conocimiento de los hombres, de la vida social y de los asuntos que se llaman vulgarmente positivos. Para todo esto Rafaela tenía disposición maravillosa. Era una mujer de prendas naturales nada comunes.

Comprendido así el carácter y el entendimiento de Rafaela, no parecerá inverosímil lo que tenemos que contar ahora y podremos contarle en resumen rápido, sin entrar en pormenores.

## Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

